-Se llevan à la Loba, gritaban los chicos.

-Quiero curar al Cuco, lo llevo al hospital

El Lobe y Chicas-corbas aparecieron

-E-a muger me pertenece; ¡paso, malditost ¡pasot deota odeando y empujando á los curiosos.

Mala espina salió de su tienda.

-Eami sobrino dijo Malaespina ¿quien pretende llever

-¡A la carcel con todos! dijo uno de los hombres sacando a luz un machete; su compañero lo imitó y entre los curiosos se produjo, una oleada que dispursó à muchos.

El Lobo y Chicas-corbas sacaron sus puñales y atacaron La Loba soltó al Cuco y blandió su cuchillo; pero en ver de lanzarse sobre los que la habian detenido, se iné en dere chura al Lobo que no esperaba el afaque.

El Labo arrojó un grito y cayó en tierra.... el ouchillo de la Loba se había hundido en un costado del Lobo hasta el mango.

Los hombres de los machetes retrocedian por que varias piedras comenzaban á ser armiadas por la plebe.

La Loba cargo de nuevo al Cuco y corrió con el al tenda jo de Majaespina, quien cerró la puerta inmediatamente.

Los hombres de los machetes corrieron al fin y Chicas-cor

Despues de haber aplicado al enfermo una nutúra, con bien pecos miramientos, y haciendolo padecer norriblemen te, la compone-huesos procedió a ejecutar la mas cárbara de las operaciones, pretendiendo articular de nuevo los brazos

Estas componedoros de las que existen aun algunos ejemplares, poseian, á falta de ciencia y aun de los rudimentos mas indispensables de anatomía, una imperturbabilidad asombrosa; tiraban de los mienbros dislocados como de los de un muñeco, sin cuidarse de los horribles tormentos que hacian sufrir á sus victimas. La carandera despues de doses perados esfuerzos, propuso colgar al Ouco de las manos unidas por delante en la actitud natural:

La gran teori IVX OLUTIPAO erraba en estas

esidaleq

DESCARRIADA.

Sin que nadie supiera si los huesos habian llegado á tro car, salió la curandera guardando la propina que se habia

Lobo fué conducido al hospital.

Chicas-corbas se escurrió bonitamente por temor de verse complicado en un mal paso.

En cuanto á la Loba, no había poder humano que la obligara á desprenderse del Cuco, hasta que Malaespina la hizo comprender que vendrian á aprenderla y comprometeria la casa.

Fué lanzada á empellones, obligándola á atravesar unos solares y tomar el campo.

Malaespina procedió á llamar á una muger compone-huescs para que curara al Cuco.

Despues de haber aplicado al enfermo una untura, con bien pocos miramientos, y haciéndolo padecer horriblemente, la compone-huesos procedió á ejecutar la mas bárbara de las operaciones, pretendiendo articular de nuevo los brazos del Cuco.

Estas componedoras de las que existen aun algunos ejemplares, poseian, á falta de ciencia y aun de los rudimentos mas indispensables de anatomía, una imperturbabilidad asombrosa; tiraban de los mienbros dislocados como de los de un muñeco, sin cuidarse de los horribles tormentos que hacian sufrir á sus víctimas. La curandera despues de desesperados esfuerzos, propuso colgar al Cuco de las manos unidas por delante en la actitud natural.

"La gran teoría de su tratamiento la encerraba en estas palabras."

La untura hasta que se embeba, y los huesos hasta que DESCARRIADA truenen.

Sin que nadie supiera si los huesos habian llegado á tronar, salió la curandera guardando la propina que se habia ganado con su sudor y su trabajo.

Una comadre de Malaespina echó al Cuco un escapulario, y una de las marchantes del barrio trajo una medida de la virgen de Guadalupe: esta medida era un liston rojo comprado en el Santuario mismo, devocion que se conserva en el dia, aun cuando es ya notable la baja en el espendio de esas medidas de las que se vendian en otros tiempos cantidades fabulosas.

El Cuco estaba mas muerto que vivo, siendo el objeto de las atenciones de los pocos vecinos de Malaespina.

Margarita habia empeorado de condicion, habia quedado encerrada en la pocilga en la mas completa oscuridad....

Invitamos al lector á que nos siga á la casa de Teresa despues de la salida de Don Manuel.

Despues que Teresa, Catalina y Plácida hubieron hecho su tocador, entre una y dos de la tarde, y borradas de los semblantes marchitos las huellas de la vigilia, reunidas en la sa la de la casa, hablaban de este modo.

-Yo no dejo esto así; decia Teresa, si bien he consentido en que salga Don Manuel, necesito saber á qué atenerme en lo sucesivo.

-Tienes mucha razon, dijo Catalina.

-Que aunque una sea mala, continuaba Teresa, así como así, no puede una prescindir de sus derechos.

-Los tienes, dijo Plácida.

-Los tienes, dijo Piacida.
-¡Y cómo que si! que todas tenemos corazon, y la que mas y la que menos, llegamos á sentir deveras.

-¡Cabal! dijo Catalina.

-Yo no niego que al principio no amaba á Don Manuel, que me presté por deferencia á una farza; pero que al fin y al cabo, el trato....in el obraltitusm asomned anu noo esob

Pues.... dijo Catalina, el trato y lo mucho que te quie re Don Manuel.

Eso si; de que me quiere puedo responder, por que buenos sacrificios ha hecho mi viejecito para darme gusto,

-La impertinente de su muger, observó Catalina, es capáz un dia de denunciarte al Santo oficio.

-No tengo cara de bruja, que no estoy tan fea, á Dios gracias; y en cuanto á ser católica, lo soy, por beneficio de Dios.

--Yo no temo eso; dijo Teresa, pero si que la Señora de

la Rosa nos busque un ruido.

-No nos puede ver, añadió Plácida.

-Y eso que jamás nos ha visto.

—Sea lo que fuere, yo necesito tener una conferencia con Manuel, para saber como quedamos.

-Ya sabes que está celoso, dijo Catalina.

-Fuiste muy imprudente, agregó Plácida.

Quién habia de creer que habia entrado con tanto sigi-

-El marido y el diablo no tienen cuando.

-Y parece que le pagaron á Don Felipe.

Estuvo encantador, agregó Plácida, yo no le perdia de vista, á pesar de Blanco.

—El caso es que yo debo tomar un partido, continuó Teresa, se me figura que Doña Mariana va á hacer un escándalo; y antes de que tal suceda voy á ver si logro ver á Don Manuel.

En todo caso procura componer las cosas, d'jo Catalina. Teresa entró á su habitación y se vistió de negro, cubriéndose con una hermosa mantilla de blonda trapeada, colgó de su brazo una bolsa de terciopelo bordada de oro, que en aquel tiempo se llamaba el ridículo, siendo, por el contrario, lo mas elegante y en boga entre las personas ricas.

Cuando Teresa estuvo vestida salió con direccion á la ca lle de la Canoa en busca de Don Manuel.

Doña Mariana habia agotado la paciencia del médico y habia aturdido con sus declamaciones y sus estremos, y en seguida salió acompañada de Isabel, quien habia pasado los momentos mas amargos, pues pesaba en toda su inconveniencia las ligerezas de Doña Mariana.

Cuando llegaron á la casa un nuevo alboroto vino, á turbar la calma de la servidumbre.

-¡Mi marido muriéndose! ¡mi marido envenenado! . . . ¡por esa muger perdida! ¡y yo no puedo consertir en semejante crimen!

—¡Qué me cuenta su merced! esclamaba la ama de llaves ¿con qué á tal estremo llegan las cosas?

—Sí Señora, gritaba Doña Mariana, envenenado, ni mas ni menos. Que llamen al Padre Fray José y á Don Cárlos y al dependiente mayor y á todo el mundo. ¡Volando, Señores, volando!...

-Pero si dice su merced que el amo se está muriendo ¿cómo lo ha dejado en la casa de esas malas mugeres?

plos me libre y me defiendal replicó Doña Mariana; no está allí: le hubiera cargado en mis brazos para sacar le de la sentina de los vicios, no Señores: está en la casa de un médico, y quiero consultar á Fray José, si será conveniente que nos le traigamos á casa.

—Me parece buena idea, Señora, así le haremos entrar por el buen camino, por que aliviándose el amo quizá querrá Dios que no vuelva á salir de su casa.

Dios lo haga. Que se enciendan todas las velas yinmediatamente, y recados á las madres: que vaya el lacayo á todas partes á pasar recado de que el Señor Don Manuel de la Rosa, mi esposo y Señor, está acabando.

-lVálganme los dulces nombres de Jesus, María y Josél spero le parece á su merced que se sirva la comida entre tanto?

-No cómo ¿quién piensa en comer?

-No está por demás, que se le vá á trastornar á usted

el estomagoù volorodis ovenn un sasa al a norsgell obnaud

-Vaya usted, vaya usted, replico Doña Mariana incomo dándose.

Isabel se habia retirado á su aposento, y lloraba ocultándose de todos; pero Doña Mariana no lloraba, habia en sus ademanes y en sus palabras algo victorioso.

Entraban á la sazon dos de sus mejores amigas, dos Señoras de edad, de las que habian ocurrido al chocolate de la vispera: una de estas Señoras era Doña Melchora.

En la mayor tribulacion, amigas de mis ojosl mai busque

-¿Pues qué ha sucedido de nuevo? lobaslov est -¿No se los decia á ustedes anoche? Esa muger no lva á parar hasta que me deje viuda.

ron á duo las ancianas. de obegres ereidud el illa des co

Ni mas ni menos, Doña Melchorita, muertol casi muer tolo che is asoli vard is reducedo oreiup, y ocidem nu eb

-¿Pero como ha sido eso? somagiant el son eup enneinev

Le han envenenado. sones sebi seend everage el-

1021Que dice, usted alma mia! qNo me lo cuentel and le 100

—Es muy cierto, muy cierto, por desgracia.

No está lejos, y trato de que le traigan.

Muy bien hecho: en todo caso en su cama, por que eso de morir uno en su cama, vale mucho.

La casa de Doña Mariana no tardó en llenarse de gente

como la visperal sviis es esp bectem us s energ el coeq;

La ama de llaves enviaba cada cinco minutos domésticas emisarias á contar al traves de la vidriera cuantos eran de mesa.

A la afluencia de viejas, lacayos y criados de todas partes se agregaba el trajin de la servidumbre que abría alacenas, armarios y cómodas, sacando el servicio extraordinario.

Algunos criados aseaban las piezas abandonadas por Don Manuel, para recibirlo nuevamente; se vestian las camas, se sacudian tapetes y se hacian preparativos como para una fiesta.

Doña Mariana entraba y salia, daba órdenes, gritaba, rezaba, preguntaba si alcanzaba la sopa, y se subdividia con una diligencia y una velocidad inusitadas.

Las viejas veian en esta vivacidad algo de trastorno mental, y disertaban en voz baja sobre los efectos estraños causados por las pesadumbres, agregando.

Dá compasion ver á Doña Mariana stan alegre en otro tiempol....

-Lo que va de ayer á hoy, proudes cocionrebisaco eb na

Está hecha una vieja, ap maga viabata, abab abacV-

-¡Con sobrada justicial not endos ome neitop à soid eb bet

Yó, en su lugar, me hubiera muerto. soil veb sem dupa

-¡Fea pasion! segun dice el pico de oro del Padre Josesito.

Y de dicho en dicho, de refran en refran y de lástima en lástima, mugeres y criados dejaban los asuntos privados de Doña Mariana como un relox.

cárlos habia acudido al llamado y tomaba una parte activa en el movimiento general, habia ido personalmente á la botica para proporcionar unos espíritus á Isabel que desfallecia; Doña Mariana tambien desfallecia, pero de tanto ha-

A la afluencia de viejes acavos y criados de todas partere

Doña Melchora, gran conocedora del istércio aseguró que tenia ahilado el estómago Doña Mariana por la pesadumbre, y que era preciso pasar al comedor á tomar cualquier cosa.

Esta resolucion, eminentemente humanitaria, fué secundada por el coro tremendo de las viejas, que, protestando inapetencia y solo por acompañar á Doña Mariana comieron hasta reventar.

Como hemos dicho, Doña Mariana no lloraba, se notaba en su semblante una sonrisa despreciativa y altanera.

Se podia decir que estaba engalanada con su desgracia.

Estaba rodeada de sus amigas de infancia, de las personas á quienes socorria, y de sus fieles criados: era un auditorio ad hoc, podia lucirse, podia presentar claro el contraste de la conducta de Don Manuel con la suya á todas luces digna de consideracion: ella era la víctima.

—Viuda, decia, viuda y spor qué? porque à una mugerzuela se le antoja robarle à una su marido, envenenándole primero el alma y luego el cuerpo.... Que se haga la voluntad de Dios à quien amo sobre todas las cosas, quedaré viuda squé mas dá? Dios dá de comer à las palomas. Hace seis meses que estoy ensayando este papel y ya me sale bien; voy à ser una viuda deliciosa.

"-|Qué serenidad! decia una vieja.

-¡Qué santa resignacion! tartajeó otra anciana, cuyas callosas encías se empeñaban en triturar un mendrugo.

Isabel por su parte bajaba los ojos y oía aquel chubasco de palabras, sin atreverse á comentarlas: pero en su interior causaban un efecto estraño.

Sentia amenguarse su ternura de hija, familiarizada con

la idea de reprochar las acciones de su paure, y formulando interiormente la reprobacion de las de Doña Mariana.

Cárlos sancionaba, como todos los amantes, estos sentimientos y alababa el recto juicio de Isabel. Comenzaban á formar esa coalicion moral de los amantes que es el principio de la emancipacion.

Aquel precepto que previene dejar al padre y á la madre por seguir al marido, dá el primer grito de independencia en los amantes; de manera que la niña mas respetuosa, admite, merced á su amor, en una confidencia con su amante, la primera idea de reprobacion acerca de la conducta de los padres

Isabel y Cárlos formaban una potencia que comenzaba á labrar la senda de su independencia.

Al principio Isabel se puso colorada al oir á Doña Mariana, despues se puso triste, la tristeza provocó á Cárlos, Cárlos preguntó y nació la primera confidencia, tras de la confidencia la aprobacion, y despues de la aprobacion estas palabras:

¡Qué imprudente es mi madre!

Doña Mariana aborrecía interiormente á Don Manuel, pero no se lo decia ni á sí misma. En lo esterior procuraba finjir amor lo mejor que le era posible.

Esto daba valor á Doña Mariana, para soportar el golpe de que estaba amenazada; y este misterioso pliegue de su corazon, era interpretado por las Señoras sus amigas, despues del almuerzo, como grandeza de alma.

Por otra parte, estas viscisitudes eran el gimnásio del amor de Isabel y Cárlos.

En la armonía de la naturaleza, por una sábia ley de eter-

na conservacion se ponen en contacto las fuerzas creadoras con el incentivo de las resistencias como origen de la reproduccion.

Por eso la vida es una lucha y la muerte una continuacion de la vida.

Aquel precepto que previene dejar al padre y a la madre por seguir al marido, dá el primer grito de independencia en ios amentes; de manera que la niña mas respetuosa, admite, merced a su amor, en una confidencia con su emante, la primera idea de reprobacion acerca de la conducta de los pa

Isabel y Chrlos formalem una potencia que comenzaba a labrar la senda desen independende.

Al principio Isabel se puso edorada al oir a Doña Maria nai despues sa puso tristi. To un testa provoco di Carlos. Cárlos preganto y nació da primera condidencia, tras de la confidencia da eprobacion, y despues de la eprobacion estas padebras:

Qué impridente es mi madre! Carlos de la esta probacion estas padebras:

Done Marinus aborescia interiormente a Don Masual, pero nosa lo decianid si mismo de le esterior procuraba finjir amor lo mejor que de era posible con la la compositat el colpe de que estaba amenzada, y esto misterioso phague de su corazon, era interpretado por las Sanoras sus amigas, des pues del almuerza, como grandeza destina.

Por otra parte, estas viscistrales aran el grandario del amor de Isabel y Carios.

En la armonía de la outuraleza, por una sabra ley de eter

tel paeblo.

CAPITULO XVII.

LA HIJA DEJARÁ A SU PADRE Y A SU MADRE

Cárlos é Isabel empezaban á conocer que era indispensable casarse.

Hay tanto de imponente y debalemne en el trance postrero

Eran ya dos figuras demasiado acabadas, como dicen los pintores, para ocupar el segundo término en aquel cuadro.

La vida, como los cuadros, se compone de términos; y el sueño dorado de las figuras en masa, de las figuras de los lejos, de las figuras accesorio, es el primer término.

Los pintores, como fieles imitadores de la naturaleza, ponen en todos sus cuadros su figura de primer término, y des pues las otras á manera de las once mil virgenes ó á manera del pueblo.

Cárlos é Isabel buscaban su primer término, como dos golondrinas una corniza para hacer su nido.

Todo aquello iba á pasar: despues, les llegaría su turno á los amantes, que no podian comprender que así se acaba, como Doña Mariana y Don Manuel; por que como no habian empezado, veian, pero no juzgaban: el libro de la esperiencia es tan largo, que el hombre, leyéndolo constantemente, señala un dia una página [para leerla al dia siguiente] con su partida de entierro, dejando pendiente la materia.

Mientras esto pasaba en casa de Doña Mariana, Teresa era recibida en la casa del médico.

Las Señoras de la casa introdujerou á Teresa á la sala y sostuvieron con ella una conversacion embarazosa y fria.

El médico declaró incomunicado at enfermo, haciendo llegar á Teresa la voz de que se estaba confesando.

Ante esa palabra Teresa se sintió vencida.

Hay tanto de imponente y de solemne en el trance postrero, que el viajero que se dispone á partir para siempre, inspira respetablica en empresonos à nadazeque ledad à solutione.

Teresa no podia á su pesar profanar ese santuario de la despedida.

La muerte tiene un lenguaje elocuente y mudo para todos; y ante esa idea aterradora, Teresa se replegaba como á la vista de un gran resplandor ó de una grande oscuridad.

No obstante, luchaba con sus ideas y se serenaba abrigaba un resto de esperanza, y en vez de despedirse, hacia otra pregunta. Así permaneció por mas de una hora, hasta que al fin tomó el partido de marcharse.

A las tres de la tarde Don Manuel de la Rosa fué condu-

cido a su casa en una camilla improvisada con una cama:

Cuatro criados cargaban á Don Manuel, y era seguido de cerca por Cárlos, por el dependiente mayor, y á algunos flasos de distancia, caminaba el coche de la casa ocupado por Doña Mariana y el Padre Fray José.

Instalado Don Manuel en su habitación, estuvo constantemente vigilado por el médico y por un sacerdote, turnándo se el Padre Fray José y el Padre Fernandino.

Se esperaba el momento, que segun el médico debia presentarse, en que Don Manuel recobrara el uso de sus sentidos; pero este momento era peligroso.

El Padre Fray José, instruido por el Fernandino y por el médico, de la conducta observada por Doña Mariana, fue comisionado para prevenirla y para impedir que en el momento crítico que se esperaba, se condujese imprudentemente.

Habia prevenido un escribano público, que habia ya estendido en un pliego de papel sellado, la formula acostumbrada en los testamentos. Se habia suplicado á unos comerciantes que estuviesen dispuestos para ser testigos, y se tomaban por consejo de Fray José todas las disposiciones convenientes en favor de Don Manuel, quien al volver de uno de sus parasismos, se encontraria con un quehacer extraordinario.

El silencio reinaba en la casa; las viejas dialogaban como con asma, produciendo un rumor como de hojas secas.

Una que otra tos, de esas que parecen pedir permiso para sonar, se escapaba debajo de un paño de polvos en la sala, en las recámaras y en la asistencia.

En la cocina se hablaba mas reció, se podia toser y hasta

Cárlos é Isabel se habian atortolado. Los amantes, como las gotas de agua, se unen al mas lijero sacudimiento.

Platicabana v novem sansifusqub is not soliko voq noves

Como todos hablaban en voz baja, ellos tambien hablaban quedo.

Tenian, como todos, la cara triste; pero tenian por dentro el amor, que siempre es risneño y jugueton; la prueba es que á pesar del silencio y del enfermo y de las viejas, los lindos lábios de Isabel se contraian de vez en cuando con esa mueca poéticamente grotesca, de una sonrisa á hurtadillas.

Cárlos ganaba terrenc, porque el amor es como el aire; se cuela por los intersticios.

De manera que Cárlos é Isabel seguian platicando.

-Estoy muy triste, decia Isabel, este aire me sofoca y quién sabe todavía lo que será de mí.

Todavía un año, decia Cárlos. Pero dentro de un año....

ு Y qué? preguntó Isabel que ya sabia la respuesta.

Nos casaremos, contestó Cárlos que no podía contestar otra cosar la noine Januali noll el noval ne sementornos

z-Qué gusto que usted no ha de ser como mi papá!

-Ni usted como Doña Mariana.

Tan desgraciada, ya se vé que nó. Siendo usted bue no..... soes sujod ab omos romar an objetiant organism nos

No era eso lo que suponia Cárlos, pero no se atrevió á fijar el sentido de su frase anterior.

Varias veces que habia pretendido realzar á los ojos de Isabel la conducta de Doña Mariana, habia retrocedido, por que encontraba á Isabel demasiado dispuesta á discreparesencialmente de los principios de Doña Mariana, á pesar de las varias censuras que Isabel se permitia hacer de vez en cuando acerca de las desavenencias conyugales.

Cárlos é Isabel amaban por la primera vez; el uno á los veintiuno y la otra á los diez y nueve años.

En el siglo pasado se vivia mas espacio, y aunque siempre fueron el mas apetecido tesoro los pimpollos de quince abriles, y de quince abriles han ido al altar en todos tiempos los pimpollos, los tales eran tan inocentes por entonces, que por niñas mimadas se las tenia.

Isabel, como todas las jóvenes de su edad, á pesar de sus diez y nueve, no era tan estendida y esperimentada, como una de nuestras pollas de catorce de estos tiempos de precocidad, de malicia y de vapor.

Doña Mariana contaba con sencilléz é ingenuidad que fué vendada de ojos al matrimonio: testigo ocular era Señora Josefa, la ama de llaves y guia doméstica de Doña Mariana, desde la boda á la presente.

Doña Mariana fué por lo mismo un buen partido para Don Manuel segun la opinion del canónigo de la colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, del Prior del convento del Cármen y de otras muchas personas respetables; y por la misma razon Isabel, niña candorosa y pura, era en 1789 tambien un buen partido.

Cárlos, aunque estudiaba medicina, era un buen muchacho en el sentido, se entiende, de tener cierta dósis de candor natural y de bonhomia, dotes preciosos que han ido desapareciendo al soplo de la estudiantina parisiense, soplo envuelto como artículo de importacion en el empaque de los buenos libros franceses.

Desaparecieron ya los muchachos candorosos de veinte años. El estudiante de hoy es al estudiante del siglo XVIII en México, lo que la locomotora al simom. El progreso.

Afortunadamente poseemos todos los datos auténticos de la historia intima de nuestros personajes; y si nuestros lectores tienen la paciencia de seportarnos, habremos de contarles en lo suscesivo muchos detalles interesantes, de los que emanarán no pocas reflexiones filosóficas, morales y edificantes. Tal es al menos nuestro propósito.

Cárlos era muy pobre y era muy bueno.

Isabel era muy bonita, algo rica y muy devota.

Señora Josefa, la ama de llaves, que sabia muy bien donde le apretaba el zapato, decia que eran el uno para el otro.

Doña Mariana deponia todo su celo maternal en gracia de la bondad de Cárlos, por que Cárlos era mas bueno en casa de Doña Mariana que en cualquiera otra parte.

Debemos decirlo en obsequio suyo; Cárlos estaba mas adelantado; y en virtud de ese mejoramiento progresivo de las razas cultas, Cárlos era mas ilustrado.

La prueba es que Cárlos á sus solas se hacia estas reflexio-

—Me parece exajerado el celo religioso de Doña Mariana, ocupa demasiado el tiempo en cosas místicas. Esto no es malo, por el contrario, es una virtud que encómia mucho el Padre Fray José; pero estas prácticas han puesto los negocios de Don Manuel en un predicamento espantoso.

Yo quisiera que Isabel no imitara tanto á Doña Mariana. Esta era una de las reflexiones íntimas de Cárlos, quien no se hubiera atrevido á revelársela á nadie. Juzgaba así por instinto; pero no encontraba para pensar de este modo un argumento bastante fuerte, y continuaba.

-Pero Isabel me ama; habiendo amor verdadero todo se allana. Cuando sea mi muger yo la conduciré

Habian trascurrido algunas horas y Don Manuel de la Rosa seguia en un estado peligrosisimo, segun los facultativos. Aun no estaba espedita su inteligencia para ocuparse de los graves asuntos que tenia que arreglar.

Los dependientes de las casas de comercio, por órden del dependiente mayor formaban inventarios; y muchos comerciantes entrantes y salientes entonces en la casa, se trasmitian, sin podérsela contestar, esta pregunta.

-¿Cuánto deja?

Solo el dependiente mayor tenia la clave de los asuntos, pero era un hombre seco y reservado.

Las horas se sucedian con una lentitud pesarosa; pero á la oración de la noche el enfermo dió señales de vida: volvia al mundo como aquel á quien se le ha olvidado despedirse.

La noticia rodó por todos los ámbitos de la casa, de vieja en vieja, de las que cada cual colgaba un milagro al santo de su devocion.

Vuelto en si el enfermo, comenzaba una série de complicaciones y dificultades; pero la que desde luego surjió, fué una controvérsia entre los médicos y los sacerdotes.

Es preciso el reposo absoluto y el alejamiento de toda impresion moral que pudiera traer funestas consecuencias. Es necesario que no se le hable al enfermo de nada, decian los médicos.

El padre Fray José encarecia la necesidad del arreglo dilatado, pero indispensable de la conciencia, aseguraba ser aquella una brillante oportunidad para tocar el alma del pecador, y conducirlo con felicidad por la buena senda.

Doña Mariana opinaba lo mismo; máxime cuando se ha cia preciso el arreglo de los bienes, y las convenientes disposiciones testamentárias, en las que, segun palabra empeña da con mucha anticipacion á Fray José por Doña Mariana debian figurar : Igunas donaciones piadosas.

—Es justo, decia, que estos-seis meses de disipacion le cuesten á mi marido algunos cuartos; que tiene mucho el pobrecito de mi marido por que desagraviar á Dios y tengo ofrecida á su nombre una fundacion perpetua para misas por su alma; por que, eso sí; á mí nada se me escapa; que si Don Manuel por su lado trabajaba por su perdicion, yo por mi lado le conquistaba á todo trance el camino del cielo. Nada mas justo que desagraviar á su Divina Magestad.

—Hace usted muy bien, Señora, decia el médico; todo eso es muy loable; pero la cabeza del enfermo no está para negocios.

- X si se n uere entretanto?

—Para que no se muera entretanto, es para lo que prescribimos el reposo.

-Pero usted me ha dicho, Señor facultativo, que mi marido habla ya, y que responde acorde.

-Pero está muy débil, Señora, y corre un gran riesgo. Es necesario esperar.

—¡Esperar, Dios mio! ¡esperar! decia Doña Mariana jimoteando, lo que corre prisa es la salvacion del alma!..

Y Doña Mariana regresó sin consuelo al seno de las viejas, que empezaban á tomar el chocolate.

CAPITULO XVIII.

UN POBRE ANCIANO.

Aldama Quintero y Blanco concurrieron á los gallos con mas avidez que otras veces. Desde que comenzó la funcion vagaban ellos en el redondel.

Aldama apostó con buena suerte. Se habia sentado en una grada en medio de Quintero y de Blanco para ver una pelea.

Andaba por el redondel un gallo dorado, enhiesto y alti: vo, lleno de vida y de valor: á la hormosura del faisan unia lo atrevido de la águila, era un animal hermoso.

A poco tiempo este gallo fué cogido por unas manos negras que le arrancaron unas plumas de su lindo collar, fué